

MATÍAS SÁNCHEZ SORONDO Y LAS ESCUELAS OBRERAS JUDÍAS, DOS MUNDOS EN CONFLICTO

Nerina Visacovsky¹

Resumen

Durante la década del veinte, los inmigrantes de la izquierda judía en Argentina impulsaron una serie de actividades político-culturales para "esclarecer a la clase obrera". Al calor de la Revolución Rusa y la Tercera Internacional crearon, para los hijos de los trabajadores, escuelas informales y complementarias a la educación pública-estatal. En 1930, el gobierno golpista de José Félix Uriburu proscribió el comunismo y en 1932, bajo el mandato de Agustín P. Justo, se cerraron trece escuelas obreras judías que funcionaban en los barrios porteños de Once, Villa Crespo y Paternal. Como parte de una política represiva generalizada, el ministro del interior de Uriburu, Matías Sánchez Sorondo, organizó la Sección Especial de Represión al Comunismo, dependiente de la Policía Federal. Ese organismo, además de clausurar todo establecimiento sospechado de propagar "ideología disolvente", capturó gran cantidad de materiales que luego Matías Sánchez Sorondo, como senador del Partido Conservador, utilizó en 1932 y 1936 para fundamentar su ley de Represión al Comunismo y Sindicación Gremial. En este trabajo se analizan, por una parte, la forma en la cual Matías Sánchez Sorondo interpretó la experiencia educativa de esos grupos y el alcance que su proyecto de ley tuvo entre la clase política. Por otra parte, se examinan algunos de los contenidos político-pedagógicos transmitidos por el obrerismo judío de izquierda durante esos años.

Palabras clave: Izquierda judía, Escuelas obreras, Matías Sánchez Sorondo, Internacional Comunista, Enseñanza ídish.

Abstract

In the 1920s, working class leftist Jewish immigrants in Argentina began a series of political and cultural activities designed to "ennoble the workingclass." These informal schools, designed to be complementary to the public education for the workers' children, were created due to the events of the Russian Revolution and the Third International. In 1930, the Uriburu government (which came to power through a military coup) outlawed communism. In 1932, the government (now under Justo) closed thirteen Jewish Workers' Schools that functioned in three neighborhoods of Buenos Aires: Once, Villa Crespo, and Paternal. Apart of the general political repression, Matías Sánchez Sorondo, Uriburu's Minister of the Interior, organized the "Special Section for the Repression of Communism" within the Buenos Aires police. In addition to closing all organizations suspected of "destructive ideologies," the Special Section seized a large quantity of documentation. With those materials, Sánchez Sorondo, as a Senator for the Conservative Party, used in 1932 and 1936 as a basis for his law to "Repress Communism and the Organization of Unions." This work analyzes the meaning of the educational experience of these groups since Sánchez Sorondo's point of view. This article also examines the political and pedagogic content the leftist jewish workers transmitted through the schools they ran.

Key Words: Leftist jewish, Workers' schools, Matías Sánchez Sorondo, Communist International, Yiddish content.

Presentando el escenario de los mundos en conflicto

¹ Doctora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, docente e investigadora de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín. Juan de Garay 420, (1672) Gral. San Martín, Pcia. de Buenos Aires. Correo electrónico: nvisacovsky@unsam.edu.ar; nerivisa@hotmail.com

Hasta el año 1930, cuando se produjo el golpe militar encabezado por José Félix Uriburu, a rasgos generales, el país se regía de acuerdo a las concepciones liberales heredadas del siglo XIX. El “modelo del ochenta”, que inspiró a los distintos elencos presidenciales, se caracterizaba por su optimismo en el progreso y el crecimiento económico. Desde la promulgación de la ley de sufragio en 1912, la creciente popularidad del radicalismo se plasmaba en sus victorias electorales; Hipólito Yrigoyen (1916-1922), Marcelo T. de Alvear (1922-1928) e Yrigoyen nuevamente entre 1928 y la interrupción de 1930. El consenso democrático liberal dominaba la escena política y no manifestaba incompatibilidad con ninguna de las instituciones vinculadas a los grupos dirigentes, ya fuese la Iglesia, el Ejército o la Universidad.² Empero, la llegada de los inmigrantes a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX cambiaba el escenario demográfico con velocidad y ponía de relieve la ausencia de dispositivos legales para afrontar los conflictos que la dinámica democrática no alcanzaba a resolver. En el período de entreguerras, italianos, españoles y otras colectividades, aún aferradas a su país de procedencia, no tramitaban la ciudadanía argentina y a pesar de que varios eran políticamente muy activos, ese hecho les impedía votar. Consecuentemente, canalizaban su participación política a través de sindicatos, publicaciones y asociaciones deportivas y culturales. Los reclamos obreros durante la primera presidencia de Yrigoyen –que llegaron a su punto más álgido y violento durante la Semana Trágica de 1919 y los sucesos de la Patagonia en 1922– fueron alimentando en el imaginario de ciertos círculos de elite, la idea de que aquellos trabajadores extranjeros podían constituir una “amenaza” al orden social.³ No casualmente, fue en 1919 cuando, bajo el lema “Orden y Patria”, nació la Liga Patriótica Argentina bajo la dirección de Manuel Carlés. La Liga era una agrupación compleja, que trascendía largamente a los minúsculos grupos extremistas que se presentaban violentamente en los escenarios de huelga para enfrentar a los obreros. A sus postulados adherían gran cantidad de organizaciones que, salvo por los socialistas y una fracción del yrigoyenismo, incluían a casi toda la plana mayor de la esfera política.⁴ Si bien algunos miembros de la Liga y otras organizaciones de derecha nacionalista –ya desde 1891 con las primeras ediciones de *La Bolsa* de Julián Martel– temían la llegada de los “indeseables usureros judíos” y sostenían un discurso antisemita; en líneas generales, más que el origen étnico del judío, lo que preocupaba y enardecía a la derecha nacionalista de aquellos años, era la combinación del extranjero con lo anarquista o lo comunista; los “rusos maximalistas”, los agitadores en las fábricas o los supuestos promotores de la “República Soviética”.⁵ Cabe destacar también que el antisemitismo comenzaba a guardar un tono “antiimperialista” entre sectores nacionalistas que hacían alusión a los “capitales ingleses judíos”. No obstante, en los hechos, la cuestión entre nacionalismo y antisemitismo durante los años

² Cristián Buchrucker, **Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)**, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 28.

³ *Ibid.*, pp. 32-33.

⁴ Fernando Devoto, **Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 128.

⁵ Para un detallado estudio del tema ver Daniel Lvovich, **Nacionalismo y antisemitismo en Argentina**, Buenos Aires, Vergara, 2003. El autor analiza el prejuicio antisemita en la Semana Trágica y en los círculos de las Fuerzas Armadas.

veinte estuvo plagada de ambigüedades y matices;⁶ el caso de los colonos judíos de la provincia de Entre Ríos que se sumaron a la Liga tras un conflicto con los peones constituye un ejemplo de ello.⁷ Hasta la década del treinta, las elites podían convivir con judíos u otros “elementos plebeyos” si estos se mostraban dóciles y “aptos” para convertirse en “verdaderos argentinos”. Asimismo, tampoco los israelitas veían en los grupos tradicionales y aristócratas una intención represiva y racista para con su identidad. Por el contrario, a menudo, aquellos eran inspiradores de un modelo a seguir para los judíos con posibilidad de ubicarse en las altas esferas económicas, políticas o intelectuales de la sociedad.

La atmósfera de huelgas y reacciones violentas de principios del veinte se fue superando a medida que el mundo se recompuso de la Primera Guerra Mundial. En Argentina se reactivaron las relaciones comerciales internacionales y se abrieron paso los “años dorados” que, entre 1924 y 1927, parecían augurar el retorno a los buenos tiempos del país agro-exportador. Sin embargo, las finanzas de Inglaterra, el principal cliente de la economía nacional, habían decaído mientras Estados Unidos comenzaba a proveer al mundo de capitales y manufacturas. Argentina comercializaba con los americanos, pero éstos no importaban sus productos agrarios porque protegían su propia actividad. Entonces, la exportación se dirigía solamente al mercado europeo, del cual el país habría de volverse profundamente dependiente. Los efectos de la caída de la bolsa de Wall Street en 1929 intensificaron el malestar social producido por el veloz crecimiento urbano y el cierre de los mercados internacionales. Al mismo tiempo, los liderazgos nacionalistas europeos, especialmente el de Benito Mussolini en Italia, hicieron que prosperasen algunas voces políticas que dudaban de la efectividad del sistema democrático como forma de gobierno. En ese sentido, grupos de derecha comenzaron a sostener la creencia de que era conveniente promover un estado intervencionista en todas las áreas y sustentarlo en métodos autoritarios.⁸ Para los sectores golpistas, el “caudillismo plebeyo” y personalista del presidente Yrigoyen se había mostrado “débil” para resolver la conflictividad social, demasiado “tolerante” con el sindicalismo obrero e “inexperto” para conducir el destino de la nación. En un clima de oposición generalizada al yrigoyenismo, el 6 de septiembre de 1930, al mando del general José Félix Uriburu, las Fuerzas Armadas tomaban el gobierno autoritariamente bajo la consigna de una “Revolución Restauradora”. Sin embargo, la dictadura uriburista no se consolidó en su proyecto corporativo, y tras sus perspectivas fallidas de ganar las elecciones de 1931 en la provincia de Buenos Aires, tuvo que ceder ante otra facción militar encabezada por Agustín P. Justo. Desde la óptica del historiador Fernando Devoto, el golpe militar exponía más bien la debilidad de esos sectores, que su fortaleza para lograr consenso.⁹ Durante el tiempo de Uriburu, adquirieron

⁶ Fernando Devoto, op. cit., p. 136.

⁷ El conflicto es explicado en detalle por Sandra McGee Deutsch en su libro **Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pp. 136-145.

⁸ Luis Alberto Romero, **Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, pp. 53-85.

⁹ Ver sobre el tema Fernando Devoto, op. cit. Varios trabajos abordan el tema del nacionalismo y el autoritarismo en Argentina. Además de los que aquí se mencionan, pueden verse entre otros, David Rock, **La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública**, Buenos Aires, Ariel,

centralidad figuras del conservadurismo bonaerense como Matías Sánchez Sorondo.¹⁰ En su cargo de Ministro del Interior, Sánchez Sorondo promovió una intensa campaña contra el comunismo, la cual prolongó durante toda la década del treinta. Observar la política argentina del período a través de sus discursos, ilustra el trayecto que de los años veinte a los treinta recorrieron también algunos personajes del espectro político, desencantados de las “virtudes” de la democracia liberal. Pero a pesar de esos personajes, al menos hasta 1943, el liberalismo decimonónico tenía un alto consenso entre la clase política. En ese sentido, eran débiles los intentos de quienes pretendían instalar modelos autoritarios a largo plazo y la corta vida del uriburismo y sus seguidores lo probaba. Aunque, es preciso advertir que, a la luz de la historia, varios de sus protagonistas se mantendrían en la escena que, proyectada en los sucesos europeos, habría de incorporar elementos hispánicos, católicos y reaccionarios con una importante dosis de antisemitismo marcionista.¹¹

La “conspiración judeo bolchevique” y el “cirujano de la patria”

En 1930, apenas instalado el gobierno golpista, una de sus primeras medidas fue declarar ilegal y proscribir al Partido Comunista¹² y todas las actividades afines a él, varias

1993 y Alain Rouquié, **Autoritarismos y Democracia. Estudios de Política Argentina**, Buenos Aires, Edicial, 1994.

¹⁰ Matías Sánchez Sorondo nació en Buenos Aires en el año 1880, hijo de Rosa Sorondo y Matías Guillermo Sánchez. Ambas familias pertenecían a la elite tradicional, la primera porteña, la segunda sanjuanina. Su padre había sido un ingeniero que se desempeñó en las obras de los ferrocarriles del estado y había fallecido antes de cumplir los cincuenta años. Su madre, viuda, quedó a cargo de los tres hijos menores, entre quienes Matías era el mayor. Cuando Matías egresó de sus estudios secundarios en el Colegio del Salvador, trabajó en la Cámara de Diputados de la Nación y estudió abogacía. En el año 1900 terminó su carrera con una medalla de honor por su tesis doctoral en jurisprudencia titulada *Posesión Hereditaria* bajo la dirección de Roque Sáenz Peña. Por esos años, Matías desarrollaba tareas profesionales en su estudio de abogados ubicado en la calle Florida y se había casado con Micaela Costa Paz. Su suegro, Julio A. Costa, había sido el gobernador conservador de la Provincia de Buenos Aires que derrocó la revolución radical de 1893. El primer cargo público reconocido que tuvo Matías Sánchez Sorondo fue el de Director de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires durante el segundo gobierno de Marcelino Ugarte y hasta la intervención federal de 1917. Posteriormente fue diputado nacional por la Provincia de Buenos Aires por dos períodos; 1918-1922 y 1922-1926. A partir de la intervención yrigoyenista de 1917, las fuerzas conservadoras bonaerenses se reorganizaron políticamente para conformar la oposición al radicalismo personalista. Matías Sánchez Sorondo fue uno de sus líderes intelectuales, aunque tenía grandes diferencias con sectores de su partido que apoyaban una alianza con los radicales anti-personalistas. Matías Sánchez Sorondo lideró la movilización anti-radical que en 1930 desestabilizó al segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen. El presidente de facto José Félix Uriburu lo nombró ministro del Interior de su gobierno. Desde ese cargo, Sánchez Sorondo organizó una dura política de expulsiones, prescripciones, cárcel y torturas para todos los grupos contestatarios y opositores al nuevo régimen militar. Desplazado el uriburismo en 1932, se desempeñó como senador por el Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires y fue reconocido como uno de los principales portavoces de la extrema derecha nacionalista. Desde los años cuarenta se desempeñó como redactor de la revista *Nueva Política* y falleció en Buenos Aires el 10 de Febrero de 1959. Reconstrucción de la autora en base al libro de Marcelo Sánchez Sorondo, **Memorias. Conversaciones con Carlos Payá**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

¹¹ Fernando Devoto, op.cit., p. 279.

¹² El PCA estuvo proscrito del sistema político entre fines de 1930 y septiembre de 1945.

de las cuales suponía financiadas y difundidas por una conspiración internacional “judeo-bolchevique”. El gobierno declaró estado de sitio, ley marcial y reestableció la pena de muerte ya eliminada del Código Penal. La represión uriburista ocasionó muertes, deportaciones y encarcelamientos a un movimiento obrero débil, conformado por anarquistas y comunistas; y a un estudiantado también débil que intentó evitar la intervención de la Universidad.¹³ La persona a cargo de todo ese despliegue represivo fue Matías Sánchez Sorondo. El flamante ministro del interior creó un grupo policial dependiente de la Policía Federal, denominado “Sección Especial para la represión del comunismo”. La “Sección Especial” se ocupó de requisar y clausurar varias organizaciones de izquierda sospechosas de propagar “ideología disolvente”. Los ámbitos obreros eran sitios especialmente visitados, porque allí era frecuente encontrar ese tipo de material que, según sus detractores, “incitaba a desestabilizar el orden social”. En ese marco, el obrero judío reunía una cantidad de cualidades que lo volvían apto para ocupar la categoría de nuevo “chivo expiatorio”. Teniendo en cuenta los 191.000 judíos que para entonces vivían en el país, era obviamente imposible que numéricamente pudieran ser la causa del desengaño con respecto a la proyección liberal. Empero, como lo afirma el historiador Haim Avni, en su simple existencia convergían por lo menos tres causas de aquella desilusión: heterogeneidad étnico-social, pluralismo religioso no cristiano y rebeldía proletaria.¹⁴ Nacionalistas antisemitas como Gustavo Martínez Zuviría (Hugo West) aseveraban la existencia de 600.000 y hasta 2.000.000 de judíos en el país. Sin embargo, la tesis de la “conspiración universal judía” que proclamaba el nacionalismo restaurador, sólo encontraba eco en una pequeña minoría y no permeaba en el conjunto social.¹⁵

En 1932 asumió el gobierno de la Concordancia, una coalición de civiles y militares liderada por el general Agustín P. Justo. La Concordancia agrupó a conservadores, socialistas independientes y radicales antipersonalistas. Con la ayuda de prácticas electorales fraudulentas, esa coalición se mantuvo en el gobierno durante toda la década. Justo fue presidente entre 1932 y 1938. Desde 1932 y durante esos años, Sánchez Sorondo colaboró con el oficialismo y se desempeñó como senador nacional por el distrito bonaerense. Durante la primera mitad de los años treinta, en sintonía con los grupúsculos nacionalistas que creían en la inminencia de un “peligro comunista” para la Argentina, Sánchez Sorondo atribuía al liberalismo y a los yrigoyenistas la culpa de que “el país hubiera abierto sus puertas a todos los extranjeros sin preguntar quienes eran y a que venían”; un “gesto romántico”, afirmaba, “de gran irresponsabilidad constitucional” a cuya consecuencia la sociedad estaba “infectada” y “enferma”. En sus discursos explicaba que los males sociales se debían a “los elementos anarquistas, sindicalistas y comunistas que Europa había enviado para expelerse”.¹⁶ Sus proyectos legislativos y discursos

¹³ Hernán Camarero, **A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina 1920-1935**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 157.

¹⁴ Haim Avni, **Argentina y la Historia de la Inmigración Judía 1810-1950**, Jerusalem-Buenos Aires, Universitaria Magnes-Universidad Hebrea de Jerusalem, 1983, p. 225.

¹⁵ Cristián Buchrucker, op.cit., pp. 220-221.

¹⁶ Matías Sánchez Sorondo, **Proyecto de Ley de Represión de Actividades Comunistas. Proyectos, Informes y Antecedentes**, Tomo I (discursos parlamentarios) y II (proyecto, informe y antecedentes), Buenos Aires, Honorable Cámara del Senado, 1940. La cita mencionada refiere al Tomo I, p. 22. A menos que se indique lo contrario, las expresiones entrecomilladas refieren literalmente a los términos utilizados por el senador en sus

parlamentarios, sobre todo en 1932 y 1936, en ocasión de defender la ley de represión al comunismo, expresaban su “férrea” preocupación personal por “combatir” esa ideología.¹⁷ En ese marco, las escuelas obreras judías abiertas durante la década del veinte fueron clasificadas por el senador como “organizaciones colaterales” de la Sección Argentina de la Internacional Comunista, “que ofendían los sentimientos de los argentinos”.¹⁸ Entre 1930 y 1932, la labor de requisa de la Sección Especial en esas escuelas proveyó a Sánchez Sorondo de un valioso material, que junto a varios documentos de organizaciones obreras, gremiales y partidarias, utilizó para fundamentar su proyecto de ley. El senador denunciaba la falta de legislación que sufría el país y consideraba que esa ausencia se daba en dos aspectos: “preventivo y represivo”. Empero, argumentaba que “como ya era tarde para prevenir, sólo quedaba la opción de reprimir”. Por lo tanto, el proyecto establecía únicamente el “aspecto represivo”, porque “el mal” ya estaba instalado y había que ir directo a la “operación”. Matías Sánchez Sorondo concebía la ley como un “bisturí” para “extirpar la parte enferma de la sociedad”. En sus discursos parlamentarios denunciaba al yrigoyenismo por haber “apañado” al movimiento obrero y adulaba a la “Revolución Restauradora” por haber evitado que elementos anarco-sindicalistas tomaran el poder.¹⁹

La primera presentación del proyecto ante la Cámara de Senadores durante 1932 no consiguió apoyo parlamentario, pero en 1936 obtuvo media sanción en el Senado. Se trataba de dos momentos bastante diferentes. Hasta los acontecimientos europeos desencadenados en 1936, la extrema derecha no captaba adhesión ni en la clase política ni en el empresariado. El “peligro comunista” no era una realidad tangible y a los ojos de las elites, el partido comunista era muy pequeño; en 1930 había obtenido el 0,46% de los votos y ya se encontraba ilegalizado. En cuanto a los socialistas, observaban que, si bien habían alcanzado un 17% de los votos en 1934, con la reincorporación del radicalismo a la escena política, los primeros perdían fuerza y no superaban el 9,3% del electorado.²⁰ Entonces, al menos hasta el estallido de la Guerra Civil Española, el comunismo no era percibido como una amenaza concreta para los cuadros dirigentes. Esta situación cambiaría a partir de 1936. Con una generalizada sensibilidad política proyectada en Europa, a fines de ese año el Senado otorgaría media sanción a la ley anticomunista; pero que finalmente no sería aprobada por la Cámara de Diputados.

En 1940 el Congreso de la Nación editó el historial completo y una detallada muestra fotográfica de los documentos originales recopilados. Lo que interesa aquí es recuperar el contenido de aquellos materiales porque constituyen una de las pocas y ordenadas fuentes disponibles para acceder a las escuelas *idishistas* que funcionaron entre 1922 y 1932 en Buenos Aires. En este punto, se advierte enfáticamente acerca de los

discursos parlamentarios.

¹⁷ Sánchez Sorondo cultivaba buenos vínculos con los nacionalistas admiradores del fascismo y su prédica lo había hecho famoso en esos círculos. En 1937 fue invitado por Franco y Mussolini a viajar a España y Francia, y también visitó Alemania con una invitación especial del Ministerio de Propaganda del Reich. Además de recorrer ciudades durante seis semanas mantuvo conversaciones breves con Hitler, Göring y otros funcionarios nazis, Cristián Buchrucker, op. cit., p. 188.

¹⁸ Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo I, p. 211.

¹⁹ Discurso de Matías Sánchez Sorondo citado en Tulio Halperin Donghi, **La República Imposible (1930-1945)**, Buenos Aires, Ariel, 2004, p. 372.

²⁰ Cristián Buchrucker, op.cit., p. 217.

cuidados metodológicos al trabajar esa documentación. Es claro que Sánchez Sorondo la seleccionó con la finalidad de justificar una ley represiva, y por lo tanto no es completa, hay que observarla a trasluz y así también contrastarla con otras documentaciones. Sin embargo, la consulta a otras fuentes -como las revistas en *idish* editadas por esas escuelas y algunas entrevistas realizadas por la autora- corroboran la autenticidad de los materiales traducidos del *idish* al castellano y publicados por Sánchez Sorondo. La edición completa se compone de dos tomos. En el primero se registraron los proyectos de ley presentados en 1932 y 1936 y las respectivas versiones taquigráficas de los discursos parlamentarios del senador. En el segundo se agruparon los “antecedentes”. Se trataba de un extenso informe acerca del comunismo en el mundo; discursos y resoluciones de los congresos de la Tercera Internacional; nombres de organizaciones ligadas al comunismo argentino y párrafos seleccionados de sus respectivos órganos de prensa. En cuanto a la sección dedicada a las escuelas obreras, la recopilación incluía manuscritos de los niños en *idish*, dibujos, cuadros murales, efemérides, revistas escolares y retratos de Lenin en las aulas, entre otras expresiones. No faltaban abundantes listados de publicaciones nacionales y extranjeras que elogiaban al comunismo, y finalmente, se incluían como anexo sendos discursos del partido nazi donde Goebbels explicaba los fundamentos de la ideología judeo-comunista y su accionar en Occidente.

La vasta recopilación sobre “infiltración comunista” que organizó el senador interesa, a los fines de este trabajo, para dar cuenta de la ideología política que caracterizó a las escuelas obreras judías de los años veinte, y a su vez, recrear la concepción imaginaria que éstas generaban en la derecha nacionalista-conservadora que se radicalizaba en 1936. En esa “pasión” por defender a la patria de las “enfermedades” europeas, Sánchez Sorondo argumentaba que las escuelas comunistas, como centros de enseñanza, no sólo “se ocupaban de propagar la ideología entre los niños y formar futuros cuadros dirigentes”, sino que “atentaban” contra el principal instrumento de argentinización, la escuela pública “patriótica”. El material confiscado, traducido del *idish* y publicado por el Congreso de la Nación, probaba la existencia de propaganda y formación comunista para niños y adolescentes. No obstante, para Sánchez Sorondo además, un ámbito escolar “privado y judío” para enseñar marxismo-leninismo, denotaba la “solidez y organización” que a partir de la revolución de los Soviets, había adquirido “la conspiración judeo-bolchevique”.

Los obreros “marxistas-*idishistas*” y la “reacción xenófoba”

En la década del veinte, la diversidad de grupos judíos radicados en el país no sólo se manifestaba en lo cultural y lo lingüístico, sino también en sus posiciones socio-económicas y en el tipo de “judaísmo” que caracterizaba a cada familia en particular. En ese variado abanico que asociaba “lo judío” a una religión, una nación, un pueblo o una cultura, se fueron generando propuestas comunitarias de diferente raigambre. En un escenario en el cual predominaban las tendencias laicas, la izquierda *idishista* lograba la atención de amplios sectores de su colectividad. Esos grupos se expandieron y crearon sendas instituciones. De esa manera, tanto el movimiento progresista judío como el sionismo socialista, que se consolidaron a mediados de siglo XX y pugnaron por captar a la izquierda judía durante la Guerra Fría, tuvieron sus primeras experiencias en los años veinte como sectores obreros *idishistas*. Experiencias, claro, que desde sus publicaciones

hasta sus escuelas en *idish*, hibridaban elementos de la vida cotidiana del *Idishkait* europeo con la nueva realidad argentina. En su investigación sobre el movimiento obrero judío durante las tres primeras décadas del siglo XX, el historiador Edgardo Bilsky analizó como los judíos se agrupaban por oficios y sufrían los conflictos que les generaba el cruce entre su pertenencia étnica y su pertenencia de clase. Si bien se solidarizaban con el resto de los obreros en las fábricas, su *idishismo* y sus tradiciones particulares los apartaban de la gran masa trabajadora. Es decir, se adaptaban pero no se asimilaban, y esa misma tensión les impedía sumarse plenamente a las causas internacionalistas.²¹

Las escuelas obreras en *idish* se dividían en dos redes; las *árbeter shuln* y las *Bórojoy shuln*. Eran complementarias a la escuela estatal y funcionaban informalmente en distintos barrios porteños y áreas lindantes del conurbano. Los obreros judíos se asociaban para conseguir un aula en una casa o rentar un espacio apropiado para que un maestro *idish* pudiera enseñar a niños y jóvenes, cultura general, historia y política en clave marxista. Las ocho *árbeter shuln* existentes en 1929 se agrupaban en el *Arbshulorg* (*Árbeter Shuln Organizatie*) y eran impulsadas por la sección *idishista* del Partido Comunista: la *Idsektzie*.²² Los maestros se inspiraban en las consignas revolucionarias rusas y reproducían, al mismo tiempo, prácticas culturales heredadas del socialismo europeo. Varios judíos comunistas militaban en las filas del Bund.²³ En Argentina, los bundistas perdieron popularidad y adherentes con la escisión de los internacionalistas en 1918. La creación de las secciones idiomáticas del Partido Comunista y los sucesos de la Semana Trágica en 1919, que tuvieron al líder bundista Pinie Wald como protagonista central, debilitaron al partido. Pocos años después, con la llegada de nuevos inmigrantes polacos, el Bund creó sus propias escuelas en *idish*. Hacia fines de los años treinta, éstas eran reconocidas por su excelencia pedagógica, tanto por la colectividad como por el Consejo Nacional de Educación.²⁴

En los años veinte las escuelas *Bórojoy* eran muy parecidas a las *árbeter*, pero a las primeras las impulsaba el partido europeo *Linke Poale Tzion*.²⁵ En plena expectativa por

²¹ Edgardo Bilsky, "Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino", en **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, IV, N°11, Buenos Aires, CEMLA, 1989.

²² Se han registrado básicamente dos formas de referir a la sección *idishista* del PC, *Ievsektzia* e *Idsektzie*. Tomando en cuenta que la segunda opción conserva una sonoridad más parecida a la que utilizaban los sujetos y siguiendo el trabajo citado de Edgardo Bilsky, la autora ha optado por utilizar *Idsektzie*.

²³ "Bund" (Unión) es la abreviatura de *Algemeyner Yidisher Arbeter Bund fun Rusland, Poyln un Lite*. En Argentina, los *bundistas* se identificaron ideológicamente y apoyaron al Partido Socialista de Juan B. Justo y Alfredo Palacios, pero institucionalmente mantuvieron su autonomía política y cultural coordinada por el Bund polaco hasta la Segunda Guerra Mundial. Con respecto a la historia del Bund en Europa y en Argentina, se pueden consultar el trabajo de Israel Laubstein, **Bund, Historia del Movimiento Obrero Judío**, Buenos Aires, Acervo Cultural Editores, 1997 y el libro testimonial **De mi vida** de Vladimir Medem, líder del bundismo europeo. Para un estado de la cuestión sobre la historia del Bund, ver Frank Wolff, "Historiography on the General Jewish Labor Bund. Traditions, Tendencies and Expectation" en **Medaon**, Dresden, Vol 4, 2009, pp. 1-12.

²⁴ Efraim Zadoff, **Historia de la educación judía en Buenos Aires, 1935-1957**, Buenos Aires, 1994, p. 68.

²⁵ El *Poale Tzion* fue fundado en Ucrania en 1906 y combinó tradiciones sionistas y socialistas bajo el liderazgo de Dov Ver Bórojoy. En 1921, el partido se escindió en derecha (*rejn*) e izquierda (*linke*), a raíz de la negativa de los primeros a aceptar las 21 condiciones aprobadas por el IIº Congreso de la Tercera Internacional, a la que sí adhirieron los segundos.

los acontecimientos soviéticos, tanto los sionistas como los internacionalistas, reproducían en sus aulas el idealismo marxista del líder ucraniano Dov Ber Bórojev en un caso, y el de Vladimir Illich Lenin, en el otro. En 1938, Pinie Katz –fundador del diario *Di Presse* y líder del movimiento progresista judío en Argentina– argumentaba que aquella rivalidad que habían tenido las dos redes era “absurda”. Irónicamente, la *Idsektzie* calificaba a las escuelas *borojevistas* como *Talmud Torá* debido a sus contenidos judaicos y el *Linke Poale Tzión* hacía lo propio con las *árbeter shuln*, llamándolas “células partidarias”. Casi una década después y contemplando el avance del nazismo, Pinie Katz lamentaba el haberse agraviado mutuamente, en vez de sumar fuerzas para crear escuelas más sólidas.²⁶ Empero, volviendo a la década del veinte, fue cuando las dos redes escolares *idishistas*, con sus matices y con su diversidad interna, seguían los principales lineamientos de la Tercera Internacional. Bajo tal acusación, en 1932, fueron clausuradas cinco escuelas *Bórojev* y ocho *árbeter shuln*.

Esas escuelas figuraban en los antecedentes del proyecto como parte de un listado de organizaciones autónomas que respondían a la línea ideológica de la Internacional Comunista. Así identificaba Matías Sánchez Sorondo a los “organismos colaterales” que tenía la Sección Argentina de la Internacional Comunista: Comité Pro-Ayuda a España; Asociación de Intelectuales, Artistas Periodistas y Escritores (AIAPE); Agrupación Femenina Antiguerra (AFA); Federación Argentina de Estudiantes Secundarios y Especiales (FAESE); Junta de Defensa de la Producción; Escuelas Obreras; Organización Popular contra el Antisemitismo y Sociedad de Ayuda a los Colonos en la Rusia Soviética (PROCOR).²⁷

En la sesión parlamentaria dedicada a las escuelas *idishistas*, el senador no abundaría en reflexiones contra la condición étnica judía, sino que expresaría preocupaciones vinculadas al contenido ideológico de los materiales de enseñanza. Empero, ponía énfasis en que se trataba de “judeo” bolchevismo cuando se comprobaba que entre las secciones idiomáticas del PC, la única colectividad que había organizado escuelas para niños, era la judía. Ciertamente era que a excepción de la revista *Compañerito*, todo material infantil capturado por la Sección Especial estaba escrito en *idish*.²⁸ Los cuadernos de clase de las *árbeter* y las *Bórojev shuln*, con sus carátulas y dibujos, exponían en *idish* tópicos ligados a la Internacional y al obrerismo argentino. Las composiciones libres de niños de tercer y cuarto grado, es decir de entre 8 y 11 años, mostraban como éstos aparecían interiorizados en cuestiones político-partidarias. Los alumnos enfatizaban en temas como la actitud hostil del gobierno contra los extranjeros, la represión a huelguistas obreros, la rigidez de la escuela pública o el hambre y la injusticia social que reinaba en el mundo. En tanto no había una sistematización ni un currículum a seguir, cada docente, militante o simpatizante comunista, elegía el material que le resultaba literaria e ideológicamente más

²⁶ Pinie Katz, **Páginas Selectas**, Buenos Aires, ICUF, 1980, p. 107.

²⁷ Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo II, p. 157.

²⁸ La traducción, obviamente a cargo de personas de habla *idish*, indica la presencia de grupos judíos vinculados a la policía y específicamente a la Sección Especial.

apropiado para enseñar. En ese sentido, varios utilizaban la revista *Compañerito*²⁹ para estudiar el castellano. Por otra parte, los adolescentes que egresaban de las *árbeter shuln* seguían sus actividades en la *Pioner Organizatie* (sector *idish* de la Federación Infantil de Pioneros) y participaban en la edición de la revista *El Pioneer* que sacaba mil ejemplares. En esa revista se comentaban las novedades y actividades que desarrollaba el club de pioneros. A semejanza de sus pares soviéticos, se presentaban como alternativa a las organizaciones “burguesas”, especialmente la de los *Boys Scouts*, e igual que los niños rusos, desfilaban en las celebraciones del día del trabajador. En el barrio de Paternal, por ejemplo, habían desfilado el “1° de Mayo” causando “admiración”, con “guardapolvos blancos y pañuelos rojos”. La revista *Compañerito* de 1932 titulaba: “Los niños obreros salieron a la calle a manifestar contra el hambre y la miseria”.³⁰ En otro artículo del mismo año, la editorial explicaba como los maestros “mentían” en la escuela pública acerca del peligro que simbolizaba el comunismo.³¹ Ese tipo de titulares y manifestaciones contestatarias contra la escuela pública y el gobierno eran frecuentes. Sin embargo, desde una mirada más reflexiva puede observarse que tales expresiones no significaban el rechazo a la escuela estatal *per se*, sino a las corrientes nacionalistas “reaccionarias” que la estaban penetrando. “Guardapolvos blancos y pañuelos rojos” en los jóvenes pioneros era todo un símbolo del anhelo de integración. Adoptar el guardapolvo blanco para desfilarse por la calle era tan importante como anudarse el pañuelo rojo. Además, si bien *Compañerito* enfatizaba los valores del internacionalismo proletario, en la práctica no desplazaba el legado normalista sarmientino que los socialistas y comunistas veneraban. Los hitos patrios, por ejemplo, aparecían más bien como ideales revolucionarios “traicionados” por la “burguesía explotadora”, que negados en su misma esencia. Lo que las *árbeter y Bórojev shuln* ponían en cuestión era el mandato “patriótico nacionalista y xenófobo” construido desde la presidencia del Consejo Nacional de Educación por José María Ramos Mejía entre 1908 y 1913. A diferencia del espíritu educativo que convocó a la inmigración a fines del siglo XIX, los higienistas del Centenario venían a censurar toda expresión cosmopolita, proponiendo a los inmigrantes la idea de “Patria” como incompatible con cualquier elemento de carácter extranjero. Otro dato importante es que, a pesar de caracterizarse por una prédica revolucionaria, las escuelas obreras conservaban los vestigios reformistas de su pasado bundista. Entonces, por más que el PCA y la *Idsektzie* del “tercer período” ordenaran “deshacerse” de toda “influencia burguesa”, en la práctica, los maestros y las familias judías no se desprendían completamente del legado iluminista *idishista*, la *Haskaláh*. Por eso es que desde mediados del treinta resultó tan común entre los judíos progresistas manifestar un paralelismo entre la figura de Isaac León Peretz (educador de las masas *idishistas*) y Domingo Faustino Sarmiento. Por otra parte, determinar cuánto había en las escuelas obreras de herencia cultural ruso-polaca y cuánto

²⁹ La revista *Compañerito*, primero editada por la comisión de prensa del Comité Central (1923-1930) y luego por la Federación Infantil de Pioneros (desde 1932) tenía una tirada de 25.000 ejemplares mensuales y se posicionaba como rival de *Billiken* y otras “revistas burguesas” a las que se boicoteaba por sus contenidos “patrióticos” y a favor de los intereses capitalistas. El mensaje de *Compañerito* llamaba a los niños del mundo a luchar contra el imperialismo, la Iglesia y a defender los derechos del niño y los trabajadores como lo hacían en la URSS, Hernán Camarero, op.cit., pp. 238-240, 302.

³⁰ Nota citada en Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo II, pp. 323-324.

³¹ *Ibidem*.

de adscripción a la línea sectaria del partido durante el tercer período es difícil de discriminar porque ambas zonas se superponían; Benito Sak, inmigrante y militante del PC, recordaba que en esas escuelas toda la actividad cultural era “una copia exacta de la europea” porque sus miembros todavía no se habían “argentinizado”.³² Lejos estaban los judíos de izquierda de rechazar las oportunidades recibidas en este país; en cambio, repudiaban al gobierno autoritario que empuñaba la “patriótica bandera azul y blanca” para reprimir obreros y formar maestros “patriotas” y “católicos” que decían en la clase que los judíos eran “usureros” volcados a la política comunista.³³ En el *árbeter shuln* de la calle Tucumán 3173, por ejemplo, cursaba en 1932 su tercer grado la niña Esther Slevinsky. En una de sus composiciones se observa una tensión, por un lado “la Argentina”, un gran país; por otro, el “gobierno argentino”, que reprimía obreros extranjeros:

*“La Argentina es un gran país, pero tiene pocos habitantes. Los extranjeros han hecho aquí una gran obra. En todas las fábricas, talleres, frigoríficos, ferrocarriles, ómnibus, etc., trabajan extranjeros. Ahora que la situación del país es muy mala y hay mucha desocupación, y el gobierno puso fuertes impuestos sobre los productos, buscan los ricos argentinos culpar de ello a los obreros extranjeros. En todos los diarios y las escuelas se dice sólo una cosa: que hay que amar a la patria, y si van a amar a la patria, ya será bien la situación en el país y habrá felicidad en él. El gobierno argentino no quiere que las criaturas entiendan la verdad. El gobierno argentino quiere que los chicos sean patriotas, que en el tiempo de huelga se culpe a los obreros y no a los patrones y en tiempo de guerra que la juventud obrera vaya a combatir a los obreros de otros países”.*³⁴

Esther y los demás niños hijos de inmigrantes judíos aprehendían los contenidos “burgueses” vertidos en la escuela pública que luego analizaban críticamente en las escuelas obreras. Ciertamente, todavía en éstas últimas, los tópicos internacionalistas superaban a los “patrióticos” argentinos. Matías Sánchez Sorondo citaba un acto del *Arbshulorg* en dónde un dirigente, Adamsky, manifestaba que “el gobierno reprimía a los huelguistas, pero pronto tendríamos como en Rusia un gobierno campesino [...] y habiendo llegado el momento, habría que hacer armar hasta los niños para luchar contra la policía sin temor alguno”.³⁵ Fuera verdadera o falsa esta declaración, cierto es que las ideas políticas de la dirigencia coincidían con el clima expectante de la propagación internacional del comunismo. Algunos de los contenidos aparecidos en cuadernos y publicaciones infantiles versaban sobre los siguientes temas: Odas al Ejército Rojo; Reivindicación de los ideales del 25 de Mayo de 1810 traicionados por los gobiernos “fascistas” argentinos de “la actualidad”; Comparaciones entre la escuela pública que “envenena con el concepto de patria” y la judía que enseña “la lucha de las masas trabajadoras”; Historia y reflexiones acerca de la lucha obrera en “La Comuna de París” y el heroísmo de los comunistas en aquellas jornadas; Historia de la Revolución Rusa; Dibujos y significado del martillo y la hoz; Relatos sobre las manifestaciones de los niños

³² Benito Sak, **Todo una historia. Conferencias**, 2000, p. 107.

³³ Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo I, p. 169.

³⁴ Composición del cuaderno de Esther Levinsky secuestrado en 1932. Citado en Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo II, p. 335.

³⁵ *Ibid.*, p. 314.

pioneros; Odas a Sacco y Vanzetti; Paisajes y significados de la nueva vida en Birobidyán; Biografías del héroe anarquista Simón Radowitzky; Rememoración de la revolución de 1905 y el surgimiento de los Soviets; Escritos que explicaban la vida campesina en el feudalismo y la lucha de clases; Visiones críticas sobre los gobiernos de Uriburu y Justo que propiciaban el fraude electoral; El significado del 1º de Mayo y la lucha de los trabajadores; Canciones infantiles revolucionarias; Sucesos ocurridos en España; Como se explota a los niños en el sistema capitalista; Hombres judíos en las ciencias como Albert Einstein; El conflicto entre Rusia y China de 1930.

Este listado agrupaba los tópicos que el senador elegía para justificar su argumentación, y si bien eran representativos, lejos estaban de agotar otras facetas de la experiencia pedagógica que tenía lugar en aquellas escuelas “extranjeras”. Para dar un ejemplo, nada se mencionaba sobre la abdicada tarea de crear bibliotecas populares abiertas al barrio, de la formación en hábitos de higiene, de la solidaridad familiar o del incentivo a la educación al aire libre.³⁶ Las escuelas obreras no contaban con un sistema de calificaciones y su improvisado currículo se ajustaba a los problemas de su tiempo. Ello creaba un clima informal y propicio para generar el debate dentro del aula, que se convertía en un espacio de socialización política, porque los maestros y el contexto estimulaban en los alumnos, instancias de intercambio y libre expresión. Las diferencias entre la escuela pública y las *Árbeter y Bórojev shuln* eran vivenciadas de esta manera por los niños:

*“Nosotros, hijos de judíos en Argentina, frecuentemente concurrimos a dos escuelas, la argentina y la judía. La diferencia que observamos en las escuelas judías, es la educación moderna, nos enseñan la libertad de ideas y nos ponen un libre pensamiento. En las escuelas argentinas es todo lo contrario, nos envenenan nuestro cerebro siempre con la palabra “Patria”, en vez de enseñarnos como lo hacen las escuelas judías, nos enseñan la defensa de la patria. En las escuelas judías nos enseñan los cantos de los trabajadores para la lucha de masas”.*³⁷

Si bien la ideología adquirida en el ambiente familiar, es decir, la socialización primaria se imponía con más fortaleza que la que podían recibir en el *shule*; este último, a través de su modelo organizacional, promovía una actitud política-participativa en los niños. Por otra parte, el uso de las mencionadas revistas de lectura en *ídish* y castellano, editadas bajo la órbita de la Internacional, incentivaba el pensamiento crítico desde la infancia. Sisman Aizemberg, dirigente de las escuelas *Bórojev*, insistía en la necesidad de reunificar al pueblo judío como lo planteaba Dov Ber Bórojev y para ello consideraba fundamental enseñar el *ídish* y la literatura judía como también apoyar a la Revolución Rusa que enseñaba lo falso de las religiones y lo perjudicial que eran para el desarrollo intelectual de las criaturas. De esta forma definía las finalidades que las escuelas perseguían:

“[...] son escuelas para los hijos de los obreros y del pueblo y como tales se proponen educar a los chicos a ellas confiados, en el sentido de sus intereses. A menudo oímos quejas de que distraemos a los chicos de sus sueños infantiles y que cambiamos (llenamos) sus

³⁶ Tópicos que aparecen en la revista *Undzer Shul* (Nuestra Escuela) de 1929 junto a los de contenido partidario.

³⁷ Composición de un cuaderno secuestrado, citado en Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., T. II, p. 339.

*pequeños cerebros con perjudiciales noticias sobre lucha de clases, revolución, etc. [...] estos acontecimientos no pasan desapercibidos para nuestros hijos [...] es erróneo pensar que no contestar y no hacer conocer los problemas a las criaturas trae buenos resultados. Con este procedimiento la criatura no queda preparada para la vida porque no sabe los motivos y desconoce de dónde provienen todos los males que nos rodean”.*³⁸

Esta concepción pedagógica acerca de la necesidad de preparar al niño para la vida, de no aislarlo de los problemas que ocurren a su alrededor y de no subestimar su poder de comprensión era, para la educación argentina de principios del treinta, una propuesta educativa de avanzada. El cierre policial de las escuelas en 1932 produjo algunos cambios en los grupos *idishistas*. En 1934 las *Bórojev* reabrieron con el nombre de “*Scholem Aleijem*” y se agruparon en la red TZIVSHO.³⁹ Las *árbeter shuln* también lograron reabrir durante 1934 y 1935 con el nombre de “*folks shuln*” (escuelas populares), pero fueron nuevamente clausuradas, acusadas de “comunistas” en 1937. Recién entre 1940-1945 estas últimas lograron su apertura definitiva. Como se mencionó, desde inicios del treinta también se había inaugurado la escuela I. L. Peretz de los bundistas. De esta forma, a pesar de la dictadura católico-nacionalista de 1943, y bajo los efectos de la Segunda Guerra Mundial, las tres redes *idishistas* fueron organizando su propuesta, logrando la aceptación del Consejo Nacional de Educación y viendo crecer a su público barrial. La década peronista fue, sin duda, la de mayor expansión y los años sesenta fueron los del recambio generacional. Vale la pena explicar que se trató de una generación nativa, que integrada a su sociedad argentina se volcó a las profesiones liberales y perdió interés por el *idish*. Por otro lado, el sionismo hegemonizó el campo comunitario e impulsó a su juventud a migrar al Estado de Israel. Buena parte de los hijos de los *borojovistas* y otros sionistas de izquierda realizaron su *aliá*. Asimismo, en las escuelas sionistas se priorizó la enseñanza del hebreo en detrimento del *idish*.

³⁸ Sisman Aizemberg, “Carácter y finalidades de las escuelas Bórojev” citado en Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo II, p. 315.

³⁹ TZVISHO, abreviatura de *Tzentral Veltlej Ídisher Shuln Organizatie* (Organización Central de Escuelas Israelitas Laicas). Las escuelas de esa red fueron impulsadas por los sionistas socialistas de izquierda o *linke poaleisionistas*, quienes se inspiraron en el modelo de la red escolar judía de la Polonia de la primera posguerra.



Maestro y alumnos de *Árbeter Shul* del barrio de Villa del Parque, 1929. Archivo personal de la autora.

En definitiva, varios factores fueron desafiando la continuidad de la escuela *ídish* en el largo plazo. No obstante ello, sus protagonistas afirmaban la existencia de una continuidad entre el legado *idishista* obrero de los años veinte y los gloriosos años cincuenta de las escuelas judías de izquierda. Es por eso relevante aquí detenerse en el momento en el cual esas entidades, filiadas al comunismo, se cruzaron con la tradición liberal argentina y cuadraron en la polarización social de dos mundos que proyectados en la realidad europea, confrontaban en la escena política nacional. Aquellos sectores civiles y eclesiásticos que en 1936 eran considerados la “reacción xenófoba” por parte de la izquierda, a su vez denunciaban una “conspiración judeo-bolchevique” que “ya operaba libremente en España”. Se trataba de un momento particular, cuando tuvo eco el, hasta entonces solitario, discurso de Matías Sánchez Sorondo.

La represión al comunismo en la agenda parlamentaria

En 1932, Matías Sánchez Sorondo se dirigía al presidente del Senado, Robustiano Patrón Costas, con enfáticas palabras acerca de “la importancia de defendernos con urgencia del gran enemigo que acechaba a la nación: las organizaciones obreras de la República Argentina”. Afirmaba que en los sindicatos se expandía la “enfermedad” porque allí estaban las de “tendencia netamente revolucionarias” y las otras que no lo eran todavía, pero estaban expuestas “a la zona de contagio”:

*“El comunismo, el anarquismo y el sindicalismo son fuerzas que aspiran por distintos procedimientos a arrasar con el orden social existente, por su organización internacional, por su poder doctrinario y financiero, por sus métodos que lo mismo emplean el libro, el folleto, el discurso, la tribuna, la bomba, el revólver o el puñal y sobre todo la aparición en el escenario mundial de un estado poderoso, que ha oficializado, centralizado y financiado la propaganda subversiva y que hoy tiene en jaque económicamente a la civilización occidental, constituyen un peligro formidable contra el cual tenemos urgentemente que defendernos”.*⁴⁰

Mientras en las escuelas obreras los maestros enseñaban en *idish* la lucha heroica de Sacco y Vanzetti, Sánchez Sorondo se inspiraba en la legislación que condenaba actividades anarco-sindicalistas y comunistas en América del Norte.⁴¹ El senador afirmaba con un tono aleccionador que los americanos ni siquiera discutían si expulsar y deportar a los extranjeros comunistas, “¡era una obviedad entender que se trataba de lo correcto!”. Asimismo se lamentaba de que esa “actividad delictuosa” no sólo fuese responsabilidad de los extranjeros sino de “ciertos” argentinos nativos que participaban y colaboraban con esas organizaciones que “reclutaban sus prosélitos en el hampa tenebrosa”.⁴² Aquel “deber patriótico” era manifestado con una alta cuota de pasión personal, pero sus solitarias intervenciones de 1932, no despertaban la atención de los legisladores.⁴³

Dos años después, en 1934, la recuperación económica volvió la situación del país muy diferente. El rol cada vez más intervencionista del gobierno del presidente Justo y la industrialización por sustitución de importaciones produjeron una mejora que se tradujo en un alza sostenida de los niveles de empleo. El gobierno había vuelto a las formas constitucionales pseudo-democráticas y triunfaba con fáciles victorias electorales gracias a la ausencia de radicales y el fraude electoral. Sin embargo, a partir de 1935, cuando la UCR levantó su abstención, y los comunistas lideraron la huelga de la construcción, la oposición política a la Concordancia cobró un nuevo impulso. Si bien hasta ese entonces, Matías Sánchez Sorondo se había mostrado a favor de las prácticas democráticas, en 1935 manifestaba serias críticas a la democracia representativa, a la que consideraba inútil para defenderse de “la tormenta del mundo” que se avecinaba. El senador se ofuscaba viendo a sus colegas discutir sobre elecciones y sufragios cuando el comunismo se expandía como un “cáncer” por todo Occidente.⁴⁴ Pero las coyunturas cambiaban rápidamente y un año después, con el estallido de la Guerra Civil Española y el apoyo de Moscú a los republicanos, tomaron fuerza grupos conservadores nacionalistas que junto a ciertos sectores de la Iglesia y el Ejército, atendieron a los discursos de Sánchez Sorondo. Sin embargo, y por otra parte, el crecimiento de los fascismos europeos también aglutinaba a las izquierdas y a los partidos liberales en organizaciones que proclamaban la defensa de

⁴⁰ Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo I, pp. 10-11.

⁴¹ En 1918 el parlamento americano había dictado una ley de expulsión de extranjeros anarquistas, en 1920 se sumaba a esa ley la expulsión de comunistas y en 1932 la Cámara de Representantes sancionaba una última modificación, en la cual se expulsaba del país a todos los extranjeros que se considerara “afines” a todos ellos, Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo I, p. 13.

⁴² *Ibid.*, p. 27.

⁴³ Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo I, p. 14.

⁴⁴ Tulio Halperin Dongui, **Argentina y la tormenta del mundo**, Buenos Aires, siglo XXI, 2003, pp. 15-16.

la cultura, la democracia y la libertad. En ese contexto, importantes intelectuales y artistas, sensibilizados por sus pares franceses, recreaban las máximas de la Ilustración, la vanguardia socialista en la Unión Soviética y apoyaban la lucha democrática de los republicanos. En los discursos parlamentarios de 1936, Sánchez Sorondo ya no alertaba sobre el colectivo obrero indiscriminadamente como en 1932, ni homologaba a socialistas y anarquistas con comunistas. El senador entendía entonces que entre las diferentes “hordas” de obreros y “plebeyos radicales”, sin duda, “los de temer” eran los comunistas que querían “arrasar con todo orden nacional”.⁴⁵ Los anarquistas y sindicalistas no le inquietaban, porque no se habían constituido como fuerzas políticas capaces de ocupar espacios de poder y los socialistas, porque su nivel de confrontación había disminuido. En cambio, el comunismo no sólo estaba internacionalmente organizado, sino que contaba con “sustento ideológico y financiero” proveniente de Moscú. Esta vez, sus colegas lo escucharon con mayor atención y el 24 de noviembre de 1936 la Comisión de Códigos del Senado se expidió favorablemente, aconsejando la aprobación del proyecto y su incorporación al Código Penal. Antes de su aprobación en el recinto, el senador abrió su discurso con estas palabras:

*“[...] la situación social en estos últimos tiempos tiende a agravarse en todo el mundo y buena parte de la acción que la perturba corresponde al comunismo [...] y en el continente americano [...] la penetración de la Rusia soviética empieza a ser una realidad tangible, penetración que ha cambiado de métodos, que ya no utiliza la violencia inicial, sino que busca filtrarse utilizando los recursos numerosos de la política, incorporándose cuidadosamente a su propaganda”.*⁴⁶

Previamente al mencionado acontecimiento, en uno de sus discursos de 1936, Sánchez Sorondo recordaba que gracias a “la acción netamente nacionalista del Consejo Nacional de Educación, inspirada por su presidente Cesar Pico y los vocales que “tan dignamente” lo secundaban, habían sido valladas todas las pretensiones comunistas”.⁴⁷ El senador recordaba como a los dieciocho meses del gobierno de Uriburu, las escuelas obreras habían sido clausuradas y los maestros arrestados y deportados. Expresaba su agrado por la “normalidad” que trajo el gobierno de Justo-De Tomaso con la ley “anti-proletaria” 4.144, pero se espantaba al ver que “a pesar de todas esas medidas”, los “judíos-bolcheviques” seguían actuando. Como ejemplo, relataba que en una escuela *Bórojev* de la calle Tucumán 3118, el dirigente Abraham Aisemberg había manifestado que ya tenían los fondos para abrir nuevamente escuelas en Lanús, Ensenada, La Plata y Avellaneda, y que habían convenido que llevarían el nombre de “escuelas laicas” para “despistar” a la policía.⁴⁸ Sin embargo, y a pesar de que en 1936 Sánchez Sorondo citaba declaraciones de las escuelas de 1932, la realidad también había cambiado para la dirigencia comunista en 1936. El marco frentepopulista de 1935 y el giro discursivo con respecto al período de “clase contra clase”, afectaba asimismo a los judíos de izquierda. En cuanto a los

⁴⁵ Matías Sánchez Sorondo, Proyecto de ley..., Tomo I, p. 25.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 15.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 159.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 161.

comunistas, la *Idsektzie* se disolvió y sus miembros pasaron a autodenominarse “judíos progresistas” o *di progressive* y formalmente se independizaron de la estructura partidaria. Durante esos años, los judíos comunistas o simpatizantes, iban encontrando la forma de adaptarse a los gobiernos autoritarios que los amenazaban, pero Matías Sánchez Sorondo hacía hincapié en sus declaraciones anteriores a 1932. En 1936, los dirigentes de esas redes ya no expresaban públicamente que el porvenir debía ser “comunista”, pero sí que los jóvenes debían luchar para construir un mundo más justo. Para los activistas y promotores de las escuelas obreras, los niños pioneros “esclarecidos” eran los destinatarios de ese futuro que vería nacer a un “hombre nuevo”, como el que se había construido en la URSS. Para el senador, un lugar destinado a “enseñar comunismo a los niños” era poco más que “alarmante”, pero lo que era aún peor, era que el gobierno argentino no interviniese para desactivar aquella “osada” y “cosmopolita” empresa que iba en contra de “los intereses de la nación”.⁴⁹ Enfáticamente señalaba, además, una “coincidencia”; “en las escuelas comunistas se hablaba *idish* y sus alumnos eran judíos”, y aquello resultaba “natural” porque “los judíos tenían dinero para financiarlas”; pero no sólo eso, sino que se enseñaba el *idish* e iban judíos porque éstos eran los “culpables” de todos los males de la sociedad, empezando por el ateísmo, el capitalismo, el bolchevismo, la prostitución y otras “pestes” que el país no conocía antes de la inmigración.⁵⁰ Los judíos, “comerciantes y usureros”, financiaban al comunismo internacional para acabar con la “nación católica” y promover el “ateísmo comunista” y Europa “ya lo estaba comprobando”.⁵¹ En 1936, apoyándose en antecedentes internacionales de acuerdos anticomunistas y en las políticas que iba tomando Alemania, Matías Sánchez Sorondo— como lo definiera el Prof. Tulio Halperín Dongui —“un nostálgico de la cristiandad medieval sospechado de tener un contacto bastante remoto con la realidad”—, había sabido percibirla mejor que quienes se vanagloriaban de permanecer atentos a ella.⁵² Sin embargo, los argumentos del nacional-socialismo, a los que el senador refería, impactaban en muy reducidos núcleos. Muy pocos tomaban en serio que el bolchevismo fuera “una demencia patológica y criminal, probadamente ideada y dirigida por los judíos con el fin de lograr la ruina de los pueblos civilizados europeos e instituir la dominación mundial judeo-internacional”.⁵³ El antisemitismo que caracterizaba al “fascismo criollo” no encontraba respuesta en la clase política local que marginaba las declaraciones racistas de este calibre. Más aún, los mismos nacionalistas restauradores, si bien tenían sus reservas con respecto a ese grupo étnico, reconocían la existencia de casos excepcionales. Para poner un ejemplo, en 1937, el escritor y dramaturgo César Tiempo, cuyo verdadero nombre era Israel Zeitlin, de origen judío, fue premiado por la Secretaría de Cultura de la Nación debido su obra teatral *Pan Criollo* y el mismo Matías Sánchez Sorondo, a pesar de su afinidad con el nazismo, fue el responsable de otorgarle el

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ *Ibid.*, p. 27

⁵² Tulio Halperín Dongui, *La Argentina...*, p. 109.

⁵³ La referencia corresponde a un discurso de Goebbels pronunciado en honor al día del partido nazi en Nuremberg, en el año 1936, citado en Proyecto de ley..., Tomo II, p. 594.

reconocimiento.⁵⁴ Ese episodio muestra el enorme defasaje existente entre la prédica antisemita local de la época y el criminal anti-judaísmo europeo.

El Parlamento de 1935 tenía una mayoría oficialista. No obstante, mientras duró la abstención de UCR, tanto socialistas como demo-progresistas contaban con una importante representación en la Cámara de Diputados de la Nación. En cuanto al Senado, el peso electoral en la Capital Federal y en la provincia de Santa Fe, les permitía tener una representación reducida pero de gran impacto público, debido a figuras de la talla de Lisandro de la Torre y Alfredo Palacios.⁵⁵ Estos últimos, junto a Mario Bravo y otros, fueron quienes enfrentaron más duramente la ley anticomunista en los debates de 1936. Lejos de defender al comunismo, denunciaban que la ley coartaba las prácticas cívico-democráticas y los derechos de los trabajadores.⁵⁶ No obstante, el bloque mayoritario “concordancista” le otorgó la media sanción. Cabe destacar que durante el complicado año 1936, con la vuelta de los radicales, se modificó la composición parlamentaria y se hace difícil seguir el derrotero de la ley en la cámara baja.⁵⁷ Sin embargo, puede inferirse que su promulgación final en Diputados fue detenida porque imperó una falta de consenso ante las ambiciones represivas del nacionalismo más extremo. Lo destacable aquí es que, a pesar de no convertirse en ley nacional, el corpus de ideas que la sostenía expresaba el

⁵⁴ En 1937, Matías Sánchez Sorondo, en su rol de presidente de la Comisión Nacional de Cultura, entregó el Premio Nacional de Teatro al dramaturgo César Tiempo (Israel Zeitlin) por su obra *Pan Criollo*. Periódicos nacionalistas como *Bandera Argentina* o *La República* -desde dónde en 1935 lo habían agraviado por su “izquierdismo judío” en ocasión de criticar el antisemitismo de Hugo Wast- aclamaban el valor artístico de su pieza literaria. Decían algunas notas con respecto a su personalidad: “[...] César Tiempo es un poeta de honda raigambre en la judería argentina y a la vez un autor comprendido y estimulado en los sectores más cerrados de los cenáculos nacionalistas. Es el suyo, un caso raro de armónica correspondencia entre las obligaciones de su alma hebrea y las que le dicta su corazón argentino [...]”, comentarios de la prensa frente al estreno de *Pan Criollo* en Buenos Aires. El artículo que lo elogiaba por aquel premio en 1937 se titulaba: “Le tomamos la palabra al escritor semita César Tiempo”. Matías Sánchez Sorondo se manifestaba conmovido porque el escritor prometía en una carta de agradecimiento “[...] mantener la mirada fija en el semblante de la Patria”. Senkman afirma que los vínculos de César Tiempo con el nacionalismo se hicieron perdurables y con los años eso se vería en el lugar que el escritor ocupó en los círculos peronistas, convirtiéndose en hombre clave de la cultura durante 1951. Fue director del diario *La Prensa* y director del Teatro Nacional Cervantes en 1973. Los artículos y comentarios son citados en Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*, Buenos Aires, Pades, 1983, p. 185.

⁵⁵ Darío Marcor, “Partidos, coaliciones y sistema de poder” en Alejandro Cattaruzza (dir.), *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, Tomo 7, p. 76.

⁵⁶ Los senadores Mario Bravo y Lisandro de la Torre, entre otros, formularon una réplica por escrito, presentada en la sesión del 30 de diciembre de 1936. Matías Sánchez Sorondo, *Proyecto de ley...*, Tomo I, pp. 210-257.

⁵⁷ En marzo de 1936 se efectuaron comicios para renovar la Cámara de Diputados. En Capital Federal, Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, entre otras jurisdicciones, los resultados arrojaron una abrumadora mayoría de la UCR. De acuerdo a la ley de incorporación automática de 1935, los diputados electos se integraron formalmente el 25 de abril de 1936. El ingreso de una mayoría opositora produjo conflictos con el oficialismo en la Cámara Baja, la cual dejó de funcionar con normalidad. En ese contexto, si la ley anticomunista pasó a esa Cámara a fines de 1936, es probable que los nuevos diputados radicales electos hayan sido sus receptores y los responsables de no haberle otorgado la sanción definitiva, o bien que esto hubiera sucedido por la misma discontinuidad de la labor parlamentaria. Ver al respecto *Las Fuerzas Armadas restituyen el imperio de la soberanía popular. Las elecciones generales de 1946*, República Argentina, Ministerio del Interior, Subsecretaría de informaciones, Tomo 1, Buenos Aires, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1946, pp. 536-545. Se puede consultar en el Centro de Historia Política (CEHP), Universidad Nacional de San Martín.

pensamiento de algunos hombres que ganarían influencia desde fines de los años treinta y durante la dictadura de 1943.

Reflexiones finales

Este artículo se enmarca en un trabajo más extenso de investigación en dónde se analiza la identidad política y la propuesta pedagógica de la izquierda judía en Argentina. Las escuelas obreras fueron el comienzo de un despliegue institucional que, a pesar de los obstáculos sociales, políticos o económicos, pudo desarrollarse libremente a lo largo del siglo XX. Para conocer esas primeras experiencias ha sido de gran utilidad la compilación que hiciera el senador Matías Sánchez Sorondo. Nuevamente debe formularse que este tipo de fuentes han sido diseñadas con fines específicos, persecutorios en este caso, y su utilización requiere de un gran cuidado metodológico. Se la ha observado a trasluz, con prudencia, extrayendo de ella la información útil y comprobable de acuerdo a otro conjunto de fuentes. Como lo argumentara Carlo Ginzburg, el hecho de que una fuente no sea “objetiva” no significa que sea inutilizable.⁵⁸ Por lo tanto, debido a la magnitud del trabajo de selección y la abdicada tarea de traducción que la caracteriza, valía la pena afrontar ese riesgo.

Se ha demostrado que, más allá de las interpretaciones xenófobas del senador, las escuelas obreras fueron ideológicamente fieles a la Internacional Comunista durante el tercer período. Sin embargo, siguiendo sólo ese material, el valor agregado que produjeron las prácticas escolares concretas queda fuera de toda contemplación. En busca de las retóricas partidarias, el discurso del legislador volvió imperceptibles otros procesos que dieron cuerpo a esas escuelas. En primer lugar, el objetivo pedagógico de los judíos marxistas (sionistas o internacionalistas) no sólo consistía en convertir a los niños en “cuadros del partido” o del “movimiento sionista”, sino también en motivarlos a una socialización colectivista e igualitaria, a conocer sus derechos y a participar en la vida política de su sociedad. En ese sentido, estaban guiados por la utopía pedagógica soviética y las nuevas teorías infantiles europeas, especialmente las que provenían de la intelectualidad francesa. En segundo lugar, la educación al aire libre, los deportes y las expresiones artísticas, entre otras, constituyeron las primeras piezas de la educación recreativa con contenido social. Una forma de educar que modernizó la enseñanza, asociándola con valores tanto al interior de la colectividad judía, como por fuera de ella.

Las escuelas obreras de los años veinte tenían un sesgo indudablemente dogmático en sus contenidos, pero también había espacios para la resignificación crítica de las ideas y éstas se daban, fundamentalmente, en el acto pedagógico. Aquel espacio no formal de educación inauguró la vida escolar *idishista* que tuvo su esplendor en las dos décadas que van desde mediados del cuarenta a mediados de los sesenta. A manera de cierre, la experiencia de las escuelas obreras rescata el comprometido activismo político y cultural de los inmigrantes judíos que motorizaron una propuesta educativa complementaria para los hijos de la clase proletaria, a pesar de los riesgos y las coyunturas políticas adversas. Poder indagar en aquellas escuelas desde otra mirada y sacarlas del reducido lugar de

⁵⁸ Carlo Ginzburg, **El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI**, Barcelona, Península, 2003, p. 15.

“organismo colateral” del Partido Comunista, dónde Matías Sánchez Sorondo las ubicó, podría abrir caminos más ricos hacia la comprensión de la identidad y la educación de la izquierda judía durante la época tratada.

Referencias

Publicaciones periódicas

El Monitor de la Educación Común (en castellano).
Compañerito (en castellano).
Pioneer (revista de la *Pionner Organizatie* en *idish*).
Undzer Shul (Nuestra Escuela, en *idish*).

Libros, Folletos y Memorias

AA.VV. 1973. 50 años de la prensa judía progresista en la Argentina 1923-1973, Buenos Aires, Comité Editor. Consejo Nacional de Educación, 1913. La educación común en la República Argentina. Presidencia de José M. Ramos Mejía, Buenos Aires, Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional.
Katz, P. 1980. Páginas Selectas. (Traducción del *idish*: Mina Fridman Ruetter), Buenos Aires, ICUF.
Laubstein, I. 1997. Bund. Historia del Movimiento Obrero Judío, Buenos Aires, Acervo Cultural.
Organización Popular contra el Fascismo y Antisemitismo. 1935. El Plan de Hitler, Buenos Aires.
Sak, B. 2000. Todo una historia. Conferencias, Buenos Aires.
Sánchez Sorondo, M. 2001. Memorias. Conversaciones con Carlos Payá, Buenos Aires, Sudamericana.
Sánchez Sorondo, M. 1940. Proyecto de Ley de Represión de Actividades Comunistas. Proyectos, Informes y Antecedentes, Buenos Aires, Honorable Cámara del Senado, 2 tomos.
Wald, P. 1998. Pesadilla. Una novela de la Semana Trágica (*Koshmar*, 1929), Buenos Aires, Ameghino.

Bibliografía

Avni, H. 1983. Argentina y la Historia de la Inmigración Judía 1810-1950, Jerusalem-Buenos Aires, Universitaria Magnes-Universidad Hebrea de Jerusalem.
Barrancos, D. 1991. Educación, cultura y trabajadores (1890-1930), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
Bilsky, E. 1989. “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino”, **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, IV, N°11, Buenos Aires, CEMLA.
Buchrucker, C. 1987. Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955), Buenos Aires, Sudamericana.
Camarero, H. 2007. A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina 1920-1935, Buenos Aires, Siglo XXI.
Devoto, F. 2004. Historia de la inmigración en la Argentina, (1° edición 2003), Buenos Aires, Sudamericana.
Devoto, F. 2002. Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia, Buenos Aires, Siglo XXI.
Ginzburg, C. 2008. El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI, Barcelona, Península.
Gutiérrez, L. y Romero, L. A. 1995. Sectores populares cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra, Buenos Aires, Sudamericana.
Halperín Dongui, T. 2003. La Argentina y la tormenta del mundo, Buenos Aires, Siglo XXI.
Halperín Dongui, T. 2004. La República Imposible (1930-1945), Buenos Aires, Ariel.
Lvovich, D. 2003. Nacionalismo y antisemitismo en Argentina, Buenos Aires, Vergara.
Marcor, D. 2001. “Partidos, coaliciones y sistema de poder”, en Alejandro Cattaruzza (comp.), Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943), Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, Tomo VII, cap. II.
McGee Deutsch, S. 2003. Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

- Mirelman, V. 1988. En búsqueda de una identidad. Los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930, Buenos Aires, Milá.
- Pasolini, R. 2006. La utopía de Prometeo, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Romero, L. A. 2004. Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Senkman, L. 1983. La identidad judía en la literatura argentina, Buenos Aires, Pades.
- Wolff, F. 2009. "Historiography on the General Jewish Labor Bund. Traditions, Tendencies and Expectation", Medaon, Dresden, Vol 4.
- Zadoff, E. 1994. Historia de la educación judía en Buenos Aires, 1935-1957, Buenos Aires, Milá.